

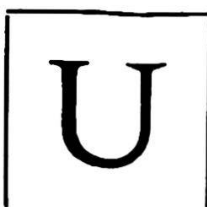
Calle Movable

Cuatro ejercicios narrativos

José Balza

Para Pedro Francisco Lizardo

I



UNA mezcla de pastelería y bar; y desde aquí, a la izquierda, algo de la iglesia inconclusa. Muchos árboles, descuidados edificios, el cine. Realmente, para el breve trozo de calle, un exceso de panaderías. Chacho acaba de levantarse y mira hacia ambos lados. Cierta transparencia de diciembre le impide recordar que, a diario, viene aquí desde hace tiempo. Avenida principal de La Florida, lugar inapropiado para ser *tocado* por un narrador. No necesita volverse ni mirar al vendedor cuando éste, en el interior del local, mueve las tazas y comenta: "Ahí viene".

Por una esquina surge el hombre. Delgado, alto, seguro como si nadie fuese a verlo (o como si fuera a ser visto por primera vez). En la leve altura de las cejas una señal de ensueño, de olvido. Pasa su mano sobre la manga y arregla ese orden que sólo él conoce. Traje oscuro en la mañana. Impecables el pelo y los zapatos. Ni un detalle exagerado; la pulcritud, el cuidado necesarios para una cita, un encuentro, para

La lentitud señorial del caminante da tiempo a Chacho: lo observa minuciosamente. El hombre del bar dice: "Tu tienes tres años conociéndolo, pero el dueño dice que camina por aquí desde siempre". Chacho reconoce que la moda no altera el traje del hombre. Muy temprano, ha iniciado su marcha hoy; vendrá —alejándose sólo un poco del bar— y algo de perfume flotará un instante, cuando pase. Chacho enciende un cigarrillo: parte del ritual antes de seguir hacia el Lico. No importa llegar tarde; es el último año.

Ahora se acerca, va a ser muy fácil distinguir las líneas que señalan una edad imprecisa en el rostro. Está a unos pasos de Chacho y justamente entonces se detendrá, como al descuido, y será posible recorrer el trayecto de su mirada huidiza: del suelo a los árboles, a las ventanas, de los anuncios al cielo, hasta ser inmovilizada con disimulo en un punto vacío. "Se hace el que no mira nada" dice el hombre del Café. Pero este lapso del recorrido sirve únicamente para

despistar; ya viene, pasa y vuelve al lugar de origen. Cada aparición suya en la esquina es como la primera. Sin embargo, todo nuevo paseo va a adquirir, ahora, su centro: una larga parada frente a la más iluminada panadería. Allí está en el momento en que Chacho piensa irse: antes de hacerlo puede contemplar al hombre, tímido e inmóvil, escondida la mirada tras un opaco reflejo, absorto en la imagen de una mujer blanca y gorda que se mueve entre los armarios, al otro lado de la calle. El imperceptible deterioro de la avenida (tanto tráfico parece hacerla muy viva y actual) destaca la solemne apariencia del hombre. Chacho no sabe quién podría detenerse a percibirlo [(Entre sábado y domingo el pueblo quedó solitario. Todos los niños se vinieron a la casita. El y sus amigos llevaron discos; velas e hicieron la fiesta más extraña. Los niños no resistieron esa alegría, la luz, el único camino. Los padres estaban asombrados)], quién puede interesarse en una figura cotidiana como ésa. El hombre del bar dice: "Ese loco tiene años enamorado de ella, la mujer del panadero". Chacho impulsa un pie fuera del local; hoy no quiere irse. Sabe que la panadería es nueva. ¿Qué hacía antes el hombre, cuando recorría la calle durante todo el día para detenerse en ese punto, como ahora?

II

Apenas saltó del autobús quiso ver al hermano, tan querido. Nueve horas de viaje, sin dormir, lo habían convertido en algo sólido y molesto. Detrás quedaba la ciudad, sus nuevos asuntos; y, sobre todo, aquella desesperada situación con el hermano mayor. El —que en esa época no podía ubicarse con claridad, que ignoraba cómo hablar lo menos posible para explicar un problema— se vio impulsado a buscar auxilio en un Manicomio. Papeles y entrevistas durante una semana; acritud de enfermeras, la visión del hospital: todo lo cumplió para que su hermano fuese trasladado en seguida a la ciudad e internado. El apenas había vivido tres meses allí, apenas terminaba el bachillerato ayudado por su exigua beca (del hotel al Liceo, y de la Biblioteca Nacional al correo) cuando le avisaron que su hermano mayor había enloquecido. ¿Qué pudo ocurrir? Nadie explicó con claridad; mucho más tarde sabría que la esposa de aquél había comenzado a estar, algunas noches, con otro.

El día que tuvo la noticia durmió muy mal: de algún modo el pueblo surgía convertido en torbellinos de humo. Fragmentaria, su amistad con el hermano se apoyaba, en el sueño, sobre algunos momentos: la cita con aquella muchacha, la primera dispuesta a todo. Horas sobre un árbol para verla llegar en la tarde al matorral, al sitio elegido: y de pronto escuchar crujir la paja, vislumbrar un movimiento y ver precisamente a su hermano que se levanta con los pantalones en la mano, y a la muchacha, debajo. De eso no le habló sino otro día: algo respondió el hermano, aconsejándole no esperar. Y en el sueño, también, la manera cómo éste supo adivinar

la competencia entre su padre y los tíos, cuando debieron repartir los terrenos dejados por el abuelo. ¿Y ese muchacho insospechable de boca riente, de leves aventuras que no podían desligarlo al hogar, de estudios truncos, se había vuelto loco? La noticia refería un intento por golpear mortalmente a la hermana más chica.

Ahora se vencía su primer año fuera del pueblo. Nunca creyó que el regreso fuera a causarle tal impresión de rudeza, de insomnio obligado. Sabe que no es un individuo muy sensible, que no logra comprender cabalmente la manera como los amigos del Liceo dicen sentir las canciones de moda, el pelo largo, la playa y la ropa; pero esta abrupta acogida del pueblo, aun dormido en el calor, le indica que tal vez esté cambiando. Saltó del autobús, con una estrecha mochila (único detalle que imita de sus compañeros) y casi no dejó hablar a nadie en su casa. Algo de café y exigió encontrar al hermano. Con sorpresa supo que ya no vivía en la misma casa; se había mudado, tenía una bodega y una siembra, cerca de la nueva carretera. Entonces comenzó a escuchar a los demás: el mes de estancia en el hospital surtió buen efecto; su hermano estaba curado (ocho meses antes lo vio llegar a la ciudad, sucio y desvaído, citando extrañas frases de alguna revista), tenía muchos deseos de trabajar y la plantación que rodeaba su casa incluía matas muy cuidadas, que crecían rápidamente (siete meses antes lo vio salir del Manicomio, pacífico y ausente; atento a sonreír siempre, sin embargo) y aunque vivía sin la esposa, pensaba comprar la casita.

Esperó el desayuno; lo acompañaron hasta la salida del pueblo y comenzó a seguir la indicación. Nuevas zonas urbanizadas, con casas iguales pero distanciadas por mucho terreno; algunas poseían platanales jóvenes y guayabos. Viejas palmeras persistían en el camino. Reconoció la casita y su hermano acudió al llamado con un grito de alegría. Se tocaron los hombros, con el saludo de siempre. El hermano lo introdujo en la mínima sala, llena de objetos y licores, para la venta. Preguntó por sus estudios, su salud, la ciudad. Nada parecía recordar, nada revelaba en él a aquel informe animal que los enfermeros redujeron casi con violencia. El valor volvía a empezar, la luz iba a situar con precisión la silueta del hombre y de las cosas.

Con una discreción desconocida para sí mismo, inició el descanso: tenían razón, todo había pasado. Aquí estaba el rostro de antes, aquella alegría extremada y sutil que su hermano extraía del mundo. Las vacaciones de agosto serían felices; por las noches, "sin esperar", la complicidad los llevaría a casas y a muchachas secretas. Tener un hermano: qué unidad para las dobles vertientes.

Entonces el otro concluyó la descripción de sus planes y lo invitó a revisar la siembra, en que actualmente trabaja. Desde la puerta posterior sintió la fuerza vivificante de los brotes: agudas hojas de nuevos cocoteros, potencia de castaños, un cerezo, primer olor de naranjos, señales de cañaveral, el relámpago cobrizo del caimito. Polusas todos los retoños bajo el sol tierno. El hermano lo precedió

y se adelantaron hacia el terreno. Las lluvias recientes aseguraban el sano empuje de las plantas. Su hermano, la siembra, tanta alegría. Avanzó un poco más y comenzó a introducirse en las filas de retoños. De la ciudad, de algún temor, todo se había borrado.

Entonces, tras la risa confiada de su hermano, desasistido, con la ansiedad que detiene el vértigo, comenzó a ver lo que ningún otro: las plantas venían vigorosas y únicas, pero la totalidad del campo era un caos. Nada podría crecer. En el futuro, árbol contra árbol se estrellarían y se enredarían como una mente oscura. El sembrador no había pensado las distancias, no calculó los espacios. En poco tiempo una espesura verde ocultaría la luz.

III

ENLACE

A pesar del tiempo aún caigo en la ansiedad vivificadora y densa que surge al contacto con los estudiantes. Siempre concebí cada hora de clases como un castillo de mil puertas que únicamente sirven, todas a la vez, para entrar o salir.

Entre mis alumnos han predominado ingenuos, creyentes e incapaces de imaginar. Alguna vez, para cierto examen, recomendé variadas bibliografías (es decir: diversos exámenes, múltiples acercamientos al tema): y entre cada grupo de estudiantes (y de textos recomendables) deslicé como tributo a Borges un autor imaginario y un libro falso.

Ese día, el menos audaz de ellos no sólo eligió precisamente cierto volumen, ficticio para mí, sino que centró el examen en una síntesis de aquel libro, en una adaptación del mismo y luego en el establecimiento de principios que únicamente de allí podrían extenderse. Antes de su propia firma, el alumno indicó una cita textual.

Nadie se ha enterado hasta hoy. Ignoro si mi invención coincidió con algo real; no quise saber si el alumno creó una teoría y un autor para no decepcionarme (se) o si, asombrosamente él era (va a ser) el misterioso autor de la ambigua bibliografía.

IV

LA SANGRE

Una moneda irregular sobre la tabla, y muy cerca aquella altura. El primer día huyó sólo con la esperanza de no ser encontrado: atrás quedaba el desastre de su columna y la muerte del comandante, cuyo cadáver resbaló desde el caballo hasta caer sobre el capitán, inmóvil y también ensangrentado como si fuere cualquier otro soldado. Allí estaba boca abajo, mientras la hora del combate lo favorecía, porque el anochecer impulsaba a los criollos, vencedores, en busca

de las casas más próximas para reponerse. El capitán soportó al muerto casi cinco horas y por momentos confundió el escaso dolor de su propia mano con el torrente de sangre que cubría una cabeza despegada. Al comienzo la sangre del otro bajó caliente y rápida, inundó su espalda, el pecho; después se hizo lenta y porosa. El cuerpo decapitado del comandante se hacía rígido encima de su soldado; éste vislumbró un vago terror que surgía de sus vísceras, tembló sólo por dentro, como asfixiándose. En el primer momento la sangre que llegaba desde el otro cuerpo hasta su boca lo hizo estremecer: pero sabía que un gesto, un cambio de posición era perderse: los criollos aún transitaban el campo. Tenso, esperó la noche; huiría tranquilo porque la herida de su mano parecía insignificante. Había tragado lentamente la sangre del muerto y hasta sintió cómo se aguada y hedía. Entre las sombras, atormentado y feliz, huyó más tarde hacia el matorral, sorprendido de saber quién era.

El segundo día pensó que la tierra roja sería estéril y sin animales. Viró hacia el sur: la mano herida sobre el puñal, los pasos aún cautelosos. Al atardecer la sed lo agobiaba; imploró; la lluvia duró toda la noche; satisfecho, cayó entre el barro. Al abrir los ojos, halló otro hombre con su mismo uniforme mirándolo. Saltó, aprehensivo. Eran amigos; venían de la derrota. El capitán no quiso saber cómo se había salvado el otro: su tos obsesionaba.

Durante tres días buscaron frutas y animales. La tierra oscura ofrecía bosques, lianas y gajos amarillentos, pero amargos. Su propio vómito enfureció al capitán; el otro tosía más. Ablandaron con piedras sus cinturones y los comieron. Pedazos de calzado húmedo, triturados con bejucos, le dieron fiebre al compañero. Los días entre ese desierto húmedo y las noches impenetrables los hacían soñar con aves imposibles, sazonadas por ellos. La vigilia fue un extraño furor para el capitán.

El décimo día alguno de los dos hizo fuego y se sentaron, exhaustos. El otro tosía débilmente y se echó boca abajo entre la hierba. Intranquilo, certero, el capitán clavó su puñal en la espalda y sacó pedazos de vísceras. Devoró con soberbia, agotado. Sólo al final recordó las brasas y el fuego, pero estaba saciado.

En la mañana continuó hacia el sur. Casi en seguida halló indios distraídos y se quedó con ellos. Curó la mano; en la comida vegetal había un sabor que lo dejaba vacío; añoraba el crujir de otras pulpas. Vio el gran río poseído por los indios. ¿Dónde estaba él? Nada quedaba de su uniforme sino la piel blanca, rubia, y una barba recién nacida. También el puñal como signo de poder español. Practicó el uso de las pequeñas naves indígenas, retribuyó la proximidad de las mujeres. Pero no resistió: en la calma de una noche tomó dos niños y una curiara. El río los absorbió como silencio. Ni siquiera guardó la distancia suficiente; antes que saliera el sol había comido el vientre y las nalgas de un niño. Soñoliento, el otro adivinó el miedo.

Cuatro días más tarde, satisfechas el hambre y la sed; severo como en viejos tiempos, el soldado vio interrumpida la superficie lustrosa del río por piedras inmensas. La serranía descendió; montículos dispersos lo atraían; en una curva centelleante el río le entregó la forma quebrada, dominante y simétrica de un castillo. El soldado dudó de sí: pero en aquel ángulo de la costa había un sólido fuerte español y sobre la colina, otro. La alegría sacudió dulces voracidades en su vientre; abandonó el transporte y se acercó sigilosamente por tierra. En la mañana estrictamente luminosa, tal como ha de ser antes de la lluvia y la tormenta, descubrió otros soldados, su mundo, las torres.

Esa misma tarde fue recibido y ubicado según su rango. Una sobriedad particular, cierta altanera fuerza lo invadió al escuchar el recibimiento solemne del regimiento. Apenas si el uniforme le molestó un poco. Se enteró que las columnas españolas vencían de nuevo; y sin embargo, al día siguiente su primera tarea fue ingrata, casi injusta: dejó el lecho para custodiar el castigo de otro soldado, quien fuera sorprendido días atrás tratando de huir por el río. El capitán dejó el lecho: desde el patio del castillo observó una circunferencia abrumadora en su belleza y amplitud: por un extremo las sabanas; por el otro, las montañas barnizadas; y en los otros puntos, el río que viene, pasa, tumultuoso, lento y profundo. El capitán se sabía envuelto en esa altura magnífica, delicada y estratégica a la vez, soberbia en el aire que ardía insospechable. Pero su corazón no había de registrar huellas para esa plenitud solar, para el agua única: giró sobre sí mismo y se detuvo ante la ventanilla del último calabozo. Decidido, grave a pesar de la simplicidad de su trabajo, aguardó. Y sólo entonces vio a través del pequeño espacio los movimientos concentrados del prisionero. Era otro hombre blanco, rubio como él, y desnudo. Un vacío agrio sacudió al capitán: vio el torso móvil, los brazos musculosos, un desafío. Imaginó una excusa, un último aplazamiento. Como soñándose palpó su espada, se acercó a la ventana.

Pero la moneda casi no sonó al caer sobre el mostrador de viejas tablas: estaba muy gastada y en ella la imagen de un castillo y la fecha 1813 apenas eran visibles. Nosotros alzamos la mirada hacia la altura: entre la luz rápida, estaba el antiguo fuerte español. Castillos del Orinoco, piedras del azar. El hombre de la pequeña tienda recogió la moneda; únicamente le gustaba mostrarla a visitantes. Era la una de la tarde; el río se aprestaba al furor y, distante, vimos la tempestad que nos encontraría en camino. Bebimos la última cerveza. De un golpe rememoré cómo salíamos en la mañana hacia estos raudales del río, cómo alquilamos la embarcación y pude recobrar tu interés por los lejanos castillos. Ahora has dicho que sería posible escribir una historia sobre estas ruinas; y sonreí. ¿Qué puede haber detrás de esas estables escalinatas, detrás de los muros en cuyos bordes nacen pequeños arbustos? Los viejos castillos duermen y una

serenidad total se reúne en las aguas. debajo. La cerveza se acaba y nos vamos. El viejo de la tienda sostiene entre sus dedos la oscura moneda. Te miro y vuelvo a sonreír: nuestra imaginación es ajena a los gruesos castillos; éstos carecen de secretos; nada, no hay nada que escribir.